Tiene la música poderosísima influencia sobre las organizaciones delicadas: así es que Job sintióse embargado desde el primer momento con el canto de amor y de suspiros de la confidencia de Fernando, canto del cielo que se encerraba entre las negras paredes del claustro, como á veces golondrina parlera va á anidar entre los muros de espantosa prisión. Job sentía la música, pero podía asegurarse que no la oía; y cosa rara, cuando sus oídos percibían alguna voz, le parecía que las notas le decían Teresa.

Repentinamente oyóse extenso murmullo en el salón, sintióse movimiento por todo él, como de oleaje.

—Es Teresa que sale, dijo el vecino de Job.

Estruendoso aplauso recibió á la sílfide. Inclinóse ésta sonriendo, y al inclinarse, sin quererlo, cayó su mirada sobre la mirada que Palákis en ella tenía fija. Al contacto de esa primera mirada, temblaron Teresa y Job; y también tembló el gran Felipe, y su temblorosa mano arrancó gemido desacordado á las cuerdas de su contrabajo.

LA PRIMERA SONRISA.

Cumplió el vecino de Job, presentándole en el entreacto á la bella Teresa. Esta, severa por costumbre, le recibió con la misma frialdad que usaba con todo el que se le cercaba; que tenía para sí que al cuarto de una mujer de teatro sólo llegan enamorados, necios ó vanidosos, pues el género que más especies tiene en el mundo animal es el de estos últimos; y hombres hay que no se vanagloriarían de un nombre tan ilustre ó de una posición distinguida, en cambio del título de héroes de bastidores. Tal acogida causó á Job resentimiento profundo, y este resentimiento fué parte muy principal para que en su alma se desarrollase inmenso y nunca sentido amor. Es el amor siempre al comenzar una chispa; sopla sobre él el viento de la indiferen-

cia, y crece como llama; y si por acaso la sacude el huracán del desdén, levántase entonces inmensa hoguera, capaz de abrasar en su fuego el orbe entero. Y es que el amor, como todas las virtudes, sólo puede nacer y vivir con la lucha. Cuando los pensamientos en el cerebro y los sentimientos en el corazón están en continua agitación y movimiento, semejase el hombre al firmamento en que millares de astros giran en todos sentidos y direcciones, dando al espacio vida y luz. Suspended por un instante el rauido giro de todos esos mundos, y el cielo quedaría muerto como corazón sin amores. Arrebatad al alma la lucha de sus pasiones, y el corazón quedará vacío como cielo sin astros.

Job no durmió esa noche: arrastrábale hacia Teresa corriente impetuosa de simpatía; pero esta corriente encontrábase con otra contraria, producida por la frialdad é indiferencia de la sílfide, y á la que servía de fácil conductor el amor propio herido del conde griego.

Sería curioso escribir un libro sobre la electricidad de las almas.

En la lucha debía sucumbir Palákis, precisamente porque era un hombre fuerte y de espíritu vigoroso. El verdadero amor es empresa de grande aliento: por eso las almas pobres é insubstanciales

no saben amar. Es el amor orgulloso artífice que no emplea en sus obras el barro, sino el mármol; y lo que en el mármol se graba, grabado queda toda la vida.

Buscó naturalmente Palákis el acercarse á Teresa. Esta, sin tener conciencia de lo que por ella pasaba, sentia repulsión por Job.

—No sé qué hay en ese hombre, que no gusto de verle, le decía una tarde á Madisson en presencia del gran Felipe.

—Le he ofrecido matarle el día que consiga el amor de usted, le contestó Madisson.

—Ni de broma me gusta que supongan infidelidades de Teresa, dijo mal humorado Felipe.

—No tema usted, insigne violón, replicóle nuestro inglés; que Teresa no me quiere querer; no simpatiza con Job, que es un hombre de mérito, aunque tiene el triste defecto de ser filósofo; y no puede ni pensar en esas casacas ambulantes que la rodean, y dentro de las cuales hay algo que se parece lo mismo á un hombre que á un mono. Teresa no nos amará; y sobre todo, á Job.

—A él jamás, dijo con decisión Teresa.

Y allá en el fondo de su corazón oyó una voz que le contestó:

¿Por qué?

Quedó Teresa sola, y por primera vez desde que conoció á Palákis, se puso á reflexionar sobre sus sentimientos respecto de él. Había sentido al principio repulsión; después, la repulsión en aversión clara se había tornado; y en ese momento, había llegado á la altura del odio. No le bastaba ya sentirlo, tenía necesidad de expresarlo en alta voz, de modo que todos lo oyeran, que todos lo supieran, que nadie lo ignorase. Esperó con ansia la noche: era lunes, día en que acostumbraba recibir á sus amigos. Las horas se le hicieron como siglos: era preciso, era urgente desbordar ante todos la tormenta de mala voluntad á Palákis que le llenaba el alma y la ahogaba. Job iría; pero como de costumbre, sería de los últimos; y halagábanla la ilusión y la esperanza de que al llegar él, ya nadie ignoraría que le era el ser más antipático del mundo.

Al fin llegó la noche; la modesta sala de la casita de la calle de Tronchet estaba profusamente alumbrada. Teresa, sin darse razón de ello, se había vestido con más elegancia que de costumbre; su peinado le había costado dos horas de tocador; sus mejillas, más que nunca, estaban sonrosadas; sus ojos más brillantes; sus labios más húmedos. Estaba muy bella.

No llegaban aún sus tertulianos, y estaba medio arrebujada en un sofá. ¿En qué pensaba, que estaba silenciosa y meditabunda? Su tersa frente se obscurecía á ratos, y á ratos brillaba, como luna delante de la cual pasa en tropel rápido y desordenado escuadrón de nubes. Sus ojos mojábanse á veces con fugitivas lágrimas, que al instante se secaban al fuego de los relámpagos que despedían. Nubes, gotas de lluvia, relámpagos; era una tempestad que se acercaba; estaba aún lejos, porque no se oían los truenos. De pronto escuchóse el primero:

—Odio á Palákis, dijo en alta voz y á sí misma, levantándose altanera.

Era su alma ya la nube con toda la esplendidez de la tormenta. Gozábase pensando en que sobre el hombre aborrecido iba á dejar caer todos los rayos que encendía en su seno. Pero ignoraba que la nube al matar con sus rayos, se desgaja y se despedaza; y después de la tempestad, si hay una encina menos en la montaña, hay también una nube de menos en el cielo.

Procuremos explicarnos la rara situación de ánimo de Teresa.

Hemos dicho que amaba su nueva honradez con tal delirio, que creía no poder amar más nada en el mundo. Sin duda su corazón, sin que ella tuviese concien-

cia de ello, había sentido algo nuevo por Palákis: indómita, y no pudiendo consentir ni en la más pequeña esclavitud, se había levantado gigante, y como los titanes, amontonaba montañas de odio en presencia del dios que pudiera vencerla. Es el alma humana el compendio de toda la naturaleza, y las luchas de la tierra en ella se reflejan.

Una hora después la conversación se animaba en el pequeño salón.

—Palákis, decía Teresa con voz temblorosa y exaltada y hasta entonces en ella desconocida, es un caballero muy apreciable ciertamente; tiene talento....

—Sí; ya cualquiera tiene talento en estos tiempos, interrumpió el jovencito que á crítico pensaba dedicarse.

—Yo no puedo decir que me ha hecho una declaración, siguió Teresa; pero su conducta es irregular: es el primero que fija en mí sus anteojos en el teatro, el primero que me aplaude, el primero que me arroja un ramo.

—¡Oh! eso es muy inconveniente, dijo una vieja característica, á la cual nunca le habían arrojado un ramo, ni la habían aplaudido, ni siquiera la habían visto.

—Yo amo á Felipe, dijo Teresa aunque con alguna dificultad: yo no puedo faltar á mis deberes; y no extrañen ustedes si no vuelven á ver en mi pequeña reunión al señor conde, pues esta noche voy á rogarle que no venga más.

—Bien hecho, dijeron dos ó tres damas.

—Sublime, dijeron dos ó tres jóvenes.

—¿Y cómo podría yo amarle? insistió Teresa: es antipático.

—Mucho, dijeron varias voces.

—No es muy joven.

—¡Ah! no.

—Casi feo.

—Muy feo.

—No lo puedo ver.

—Ni nosotras.

—Ni nosotros.

En ese momento toda la concurrencia gozaba. La mayoría, con la maledicencia que es manjar muy sabroso; Felipe, porque creía en la pérdida de un rival; y Madisson, porque era muy amigo de Palákis, pues el corazón humano es tan extravagante, que el hombre, mientras más quiere á otro hombre, siente mayor placer en sus pequeñas desgracias.

En ese momento, Palákis apareció en la puerta; tenía en la mano una hermosísima rosa amarilla. Atravesó el salón, y se la fué á ofrecer á Teresa. En los labios de ésta se reflejó imperceptible sonrisa, que sólo vieron Job y Felipe. Los dos temblaron: el uno de inmenso

placer, el otro de inmenso dolor. Teresa dejó la rosa sobre un velador.

—Esta mujer es una virtud, le dijo el crítico á Madisson.

—Ya voy pensando, contestó éste, que los antiguos extravíos de Teresa son únicamente parto de la imaginación de Panfili Doria, que fué quien me los contó.

EL PRIMER BESO.

Al día siguiente encontramos almorzando en el Café Americano á Madisson, á Palákis y á nuestro joven crítico. No extrañen nuestros lectores que no sepamos el nombre del crítico; para críticos de esa especie, cualquiera nombre es bueno. Críticos que no gustan de nada, y que nada hacen tampoco, pueden vivir sin nombre; que solamente en las obras quedan los nombres esculpidos.

—Buen desaire le hizo á usted Teresa, decía el crítico á Job; dejó la rosa en el velador, como hubiera podido arrojarla á la chimenea. Pero antes nos había hablado de que la conducta de usted la comprometía: es usted un imprudente, sobre todo cuanto es inútil, pues Teresa es una virtud. Ya sabe el suceso todo París: por honra de Teresa hemos debido contarlo. Usted no tiene más remedio,